

Cristianismo y progreso

El sentimiento de lo eterno ante el progreso temporal

Santiago de Anitua, S. J.

I.—IMPORTANCIA DEL TEMA:

“Ha llegado la hora —escribía el Card. Suhard— en que el mayor servicio que puede prestarse a la Iglesia y a sus hijos, es hacer la “Suma cristiana” del mundo, que se está elaborando. La mayor falta de los cristianos del s. XX, la que sus descendientes no les perdonarán jamás, es permitir que el mundo se vaya haciendo y unificando sin ellos, sin Dios o contra El”. (1)

La Aufklärung —o ilustración— del siglo pasado aún sigue pesando sobre los criterios del nuestro. Las culturas tardan en pasar más que las generaciones, y la nuestra aún está intoxicada con los principios que informaron la vida del s. XIX. Política, económica y culturalmente llevamos en el ambiente el liberalismo y materialismo del siglo pasado. Y nuestros abuelos como unos niños grandes encandilados con el llamado “siglo de las luces”, quisieron emanciparse del Creador, que había encerrado desde el principio del mundo todas esas maravillas en las creaturas. La tentación de la serpiente se ha repetido muchas veces en la Historia: “seréis como dioses”. Casi diríamos que es la constante histórica, que acompaña a toda época de esplendor material. Así nació, frente a los ilustrados, la casta de los retrógrados, de los oscurantistas, de los clericales...

Sin embargo en este punto, hemos de confesar, que el cristianismo puede presentar ante una mirada superficial aspectos o matices ideológicos e históricos, que parecen apoyar esta concepción peyorativa su doctrina: su escatologismo, su espiritua-lismo, su providencialismo, su concepto de eternidad, su temor a las riquezas, al confort, a lo que indique asentamiento en

“Meditaciones ante el “Stand” católico de la Exposición Internacional de Bruselas. Entre el Atomium, el pabellón cohete y las muestras de los Sputniks, ¿qué representa el pabellón de la Iglesia? ¿Tiene alguna significación en el campo del puro progreso?”

(1) Card. Suhard. “Essor ou déclin de l’Eglise”.

este mundo. ¿No son, por ventura, las frases más terribles del Evangelio, aquellas en las que se condena a las riquezas y a los ricos? Los anatemas a los ricos en el sermón del monte, la exigencia de dejar cuanto poseemos para seguir a Cristo, la dificultad de los ricos en entrar en el reino de los cielos, la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro, el huir del joven rico, ¿no son otras tantas condenaciones de las riquezas? ¿No acusaron a S. Lucas de ideas ebionísticas? ¿No condenó Jesucristo implacablemente al mundo, perseguidor de Cristo y de sus apóstoles, posesión del demonio su príncipe? (2). Y no han nacido de estas doctrinas evangélicas las grandes corrientes pauperistas —unas veces heréticas y otras verdaderamente espirituales— de los fraticelli, y de las órdenes mendicantes?

La literatura ascética del cristianismo está asimismo preñada de tales ideas. Baste recorrer la literatura eclesiástica de la edad media y de los primeros siglos del Renacimiento. Nos encontraremos con títulos tan significativos como estos: "De contemptu mundi", "De contemptu sui ipsius", "La diferencia entre lo Temporal y lo eterno", "De vanitate mundi", etc...

El P. Malevez expone así estas objeciones de la ciencia moderna al "oscurantismo" de la doctrina católica: "La gracia cristiana reclama precisamente otros principios de vida totalmente diversos: exige el amor a la privación y a la austeridad, postula una actitud de espíritu que tenga en nada toda la producción humana y aún todo el esfuerzo humano, y no tender sino hacia el único Bien deseable, hacia la íntima unión con aquel Ser que está sobre todos los seres, con Aquel a quien nosotros concebimos como la negación de cualesquiera formas de la naturaleza y de la vida" (3).

El P. Congar señala una de las razones modernas de la incredulidad, la existencia de dos mundos separados e incompatibles: el religioso y el material (4).

Este es el problema que se le presenta al católico de hoy, frente a un mundo que galopa desenfrenado hacia el progreso. Si en otras ocasiones hubiéramos tenido, tal vez, que desempolvar gruesos volúmenes para rastrear doctrinas progresistas en los teólogos católicos, hoy no tenemos que hacer otra cosa, sino abrir las alocuciones y discursos de nuestro Sumo Pontífice, para encontrar bien claras las orientaciones e interpretaciones de la Iglesia en este respecto. Al fin es la voz oficial de la Iglesia, la que habla en el Soberano Pontífice, cuando enseña en su magisterio ordinario. "El cristianismo no busca un espiritualismo puro, que sería inhumano. El cristiano perfecto es también hombre perfecto, puesto que nadie fué más completamente hombre que el Hombre—Dios, Jesucristo. La entrega total a Dios, es ciertamente, un acto espiritual; pero éste debe cimentarse en la realidad de la vida humana... El cristianismo no conoce, en verdad, un campo del universo en que no pueda penetrar. La Iglesia ha rechazado cualquier forma de dualismo maniqueo: "Hermanos —dice el apóstol Pablo— atended a cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza; pensad

(2) Cfr. Lc. 620ss.; 12, 13-21; 16, 19-31; 18, 15ss.; 16, 11. Mt. 10, 13ss. 5, 1.ss.; Mc. 10, 13ss. S. Pablo 1 Cor. 1, 26.

(3) *La Philosophie Chrétienne du progrès*. *Nouv. Rev. Theol.* t. 64 (1937) p. 380.

(4) CONGAR. *Enquête sur les raisons actuelles de l'incroyance. La vie intellectuelle*. (1938-1937). Los resultados están en el tomo de 1937.

en ello". (Phil. 4. 8.). Y más claramente todavía en la bien conocida fórmula "Todas las cosas son vuestras, pero vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor. 3, 22-23). (5).

Ya en 1953 dedicó el Sumo Pontífice su mensaje navideño al progreso. En él estudia profundamente, con justa visión, la naturaleza y los peligros del progreso técnico, y, sobre todo, del "espíritu técnico". El Papa afirma netamente: "La Iglesia ama y favorece el progreso humano... Muy lejos, por lo tanto de sentirse inclinada a rechazar las maravillas de la técnica y su legítimo empleo, el creyente se encuentra más pronto, si cabe, a doblar su rodilla ante el Niño Divino del pesebre, más consciente de su deuda de gratitud a quien le dió la inteligencia y las cosas, más dispuesto a servirse de las obras de la técnica para entonar el himno de los ángeles en Belén: "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos". (Lc. 2, 14). El creyente tendrá incluso por cosa natural el ofrecer al Niño Dios, junto al oro, incienso y mirra de los magos, las conquistas modernas de la técnica: máquinas y números, laboratorios e invenciones, potencia y recursos. Más aún, tal ofrenda es como presentarle, ya ejecutada, aunque no completamente, la obra por El encargada: "Poblad la tierra y sometedla". (Gen. 1-28). (6).

No es extraño, que el P. Malevez concluya: "El catolicismo acoge a todo progreso, no sólo como una condición, sino aún como un componente de su propio perfeccionamiento". (7).

El desarrollar toda la teología del progreso nos llevaría muchas páginas. Nos contentaremos con exponer únicamente el papel que puede jugar el concepto de eternidad en la doctrina católica del progreso. Es este uno de los puntos más atacados y más interesantes en nuestro problema:

El concepto de eternidad en la Doctrina Católica del progreso.

Nietzsche afirmó audazmente en su prólogo al Origen de la Tragedia: "El cristianismo fué desde su origen esencial y radicalmente saciedad y disgusto de la vida, que no hacen más que disimularse y solazarse bajo la máscara de la fe "en otra vida" en "una vida mejor". El "odio al mundo", el anatema de las pasiones, el miedo a la belleza y a la voluptuosidad, un más allá futuro, para denigrar mejor al presente, un deseo de aniquilación, de muerte, de reposo hasta el "sábado de los sábados", todo esto, así como la pretensión absoluta del cristianismo a no tener en cuenta más que los valores morales, me pareció siempre la forma más peligrosa, más inquietante, de una "voluntad de aniquilamiento"... (8).

"Indudablemente, que el sentido de la eternidad puede acarrear una indiferencia hacia lo temporal —admite Thils (9), pero "¿habráse de concluir —arguye el Cardenal Van Roey— que el cristianismo es sólo algo inferior, un asunto del alma, orientado fija y exclusivamente a la vida eterna? ¿Es un concepto justo el que reputa que únicamente mira al cie-

(5) Ubi supra.

(6) Mensaje de Navidad de 1953.

(7) a.c. p. 881.

(8) Origen de la Tragedia, Introducción, n.5.

(9) THILS, G. Teología de las realidades terrenas, p. 32.

lo? Es este un error de suma gravedad y preñado de nefastas consecuencias. Trueca la naturaleza del verdadero significado del cristianismo, ignora la misión que la Iglesia ha recibido de su divino fundador, y trueca el mensaje dado por Cristo a la Humanidad" (10).

Para exponer estas graves palabras de un príncipe de la Iglesia que habla en función de su cargo docente, hemos de analizar sinceramente el significado que tiene todo progreso verdaderamente humano.

Progreso material y progreso humano.

El Papa enseña expresamente: "La naturaleza y la revelación, la historia y la experiencia, están de acuerdo en mostrar que la actividad cultural actualiza aptitudes con las que el Creador dotó a la naturaleza humana y sigue el orden que El le dió expresamente: "Poblad la tierra y dominadla". (Gen. 1, 28). No hubo evolución cultural sana sin equilibrio de aproximación entre los progresos materiales y los religiosos y morales... La decadencia cultural está virtualmente precedida de la decadencia religiosa... La cultura que quiere ser auténtica, sana y duradera, necesita de una íntima relación con la religión". (11).

El progreso materialista no ha sido, ni con mucho, el verdadero progreso humano.

El progreso humano verdadero ha de tener estas tres características; a) ha de mirar al perfeccionamiento del hombre; b) de todo el hombre; c) de todos los hombres.

Para ser verdaderamente humano el progreso ha de tener íntima relación con el hombre en su integridad y en su extensión. Progreso que no mire sino al confort material, pero descuide o aún combata el perfeccionamiento espiritual del hombre, no podemos decir que sea verdadero progreso humano. Un hombre que, a medida que consiguiera más comodidades se embruteciera cada vez más, no diríamos que progresara. Ahora bien, entre estos valores íntimos que el hombre ha de cultivar y perfeccionar, para conseguir un verdadero progreso humano, no se han de olvidar los valores morales. Si la vida familiar, o las relaciones sociales, o la clara visión de la dignidad humana y de su destino sobrenatural y divino, se perdieran, entenebrecidos por la luz ofuscadora de un progreso puramente material, por lo que el Papa llama "el espíritu técnico", tal no sería verdadero progreso. Y este es el caso del puro adelanto materialista. Veamos cómo señala estos peligros el Santo Padre.

1).—**Inversión de valores.** "El espíritu técnico es una errónea concepción de la vida y del mundo. Consiste en que se toma como el más alto valor humano y de la vida recabar el mayor provecho de las fuerzas y de los elementos de la naturaleza; en que se toman como fin, con preferencia a todas las demás actividades humanas, los métodos técnicamente posibles de producción mecánica y se ve en ellos la perfección de la cultura y de la felicidad terrena" (12).

(10) *La vocation terrestre du christianisme*, carta pastoral de 5 de enero 1942.

(11) Discurso de 9 de Marzo de 1956 al Instituto Internacional de Arqueología, Historia e Historia del Arte.

(12) Mensaje de Navidad de 1953.

Es lo que poco antes decía el mismo Santo Padre, al introducir el tema de su mensaje: "Este progreso, al principio soñado cual mito omnipotente y fuente de felicidad, más tarde promovido con gran ardor hasta las más osadas conquistas, se ha impuesto a la conciencia ordinaria, como fin último del hombre y de la vida en sustitución de todo otro ideal religioso y espiritual" (13).

Así hemos visto en nuestro mundo apreciar en más a un técnico especialista que a un pensador e investigador, a un futbolista, a un gimnasta, a un deportista, que a un sabio de fama internacional. ¿La técnica no ha llevado a menospreciar al mundo de las ideas? y ¿podríamos decir que el mundo ha progresado, si llegara el momento en que la humanidad fuera una colmena de abejas, fabricando con un instinto técnico perfecto sus celdillas hexagonales? En este caso habríamos hecho a la materia fin del hombre espiritual. No nos habríamos adueñado de la naturaleza, sino que nos habríamos esclavizado a ella.

2).—El espíritu técnico limita la mirada del hombre. "El panorama, a primera vista ilimitado, que la técnica despliega ante los ojos del hombre moderno, por muy extenso que sea, no es con todo más que una proyección parcial de la vida sobre la realidad, pues no expresa sino las relaciones de ésta con la materia... Es evidente que quien adopta el método técnico como único instrumento en la búsqueda de la verdad, debe renunciar a penetrar, por ejemplo, las profundas realidades de la vida orgánica, y más aún las de la vida espiritual y las realidades vivientes del individuo y de la sociedad humana, porque no pueden expresarse con fórmulas cuantitativas" (14).

El mundo de la metafísica y de la ética desaparece ante la mirada miope del técnico. El mundo del espíritu se borra. El entendimiento humano con capacidad cuasi-infinita de conocer, se circunscribe voluntariamente en la cárcel estrecha de la materia. ¿Podemos decir, que el hombre ha progresado?

3.—Influjo del espíritu técnico en la vida del hombre y de las sociedades. Pero, el progreso humano, para ser verdaderamente tal, decíamos que había de mirar también al hombre en su extensión. Progreso que se obtiene a costa del dolor de otros hombres, o para someter a otros hombres, o prostituyendo la dignidad de otros hombres, porque son más pobres o más débiles, no podemos decir que sea verdadero progreso de la humanidad, verdadero progreso humano. El progreso humano ha de tender a conseguir la felicidad de todo el género humano, a elevar el nivel de vida del mundo, a introducir el reinado de los valores auténticamente humanos. Ahora bien, ¿el progreso materialista ha conseguido estos valores?

"Su influjo se refleja tanto en el modo de vivir de los hombres modernos como en sus recíprocas relaciones... Vedlo por un momento actuando en el pueblo, en el cual se va ya difundiendo, y reflexionad especialmente, cómo ha alterado el concepto humano y cristiano del trabajo y qué influjo ejerce en la legislación y administración... Vacía de contenido la vida, ya que la técnica está ordenada al hombre y al complejo de los valores espirituales y materiales que se refieren a su naturaleza

(13) Ibid.

(14) Ibid.

y a su dignidad personal. Si la técnica dominase con autonomía, la sociedad humana se convertiría en una turba incolora, y en algo impersonal y esquemático, contrario, por lo tanto a lo que la naturaleza y su Creador han demostrado querer" (15).

Basta echar una mirada por los países materialistas, en que la moral ha desaparecido, para persuadirnos de que el hombre trabajador en ellos no es más que un engranaje en la máquina productiva del Estado, un número de campo de concentración o un instrumento de trabajo que habla. ¿No nació de esta misma manera el liberalismo, que ha degenerado en comunismo y en la lucha?

De esta manera también la familia pierde su sagrado valor de "refugio del amor y de las almas" (16).

Proyecciones de la eternidad sobre el progreso.

Sin embargo el progreso no es malo. Oímos al Papa que lo afirmaba. El cristianismo no tiene nada contra el progreso, no admite, ninguna clase de maniqueísmo dualista. Ofrece incluso el progreso y sus frutos a Dios, como ofrenda exigida por el mismo Creador, que le mandó enseñorearse de la tierra. Pero, si el progreso no es malo, es peligroso.

"No que la técnica de suyo exija la negación de los valores religiosos en virtud de la lógica —la cual, como hemos dicho, conduce más bien a descubrirlos— sino que ese "espíritu técnico" pone al hombre en condiciones desfavorables para aceptar, ver y buscar los bienes sobrenaturales" (17).

Sin embargo este peligro no lo tiene el progreso como algo intrínseco a él mismo. Le viene de una circunstancia extrínseca. Dice el P. Malevez: "El progreso humano, considerado en sí mismo, no es, bajo ningún aspecto, desfavorable al cristianismo; defendemos, por el contrario, que le es indispensable. Sólo por culpa de una causa extrínseca al mismo puede acontecer, y de hecho acontece, que el hombre lo enfrente a la gracia. Tal circunstancia es el pecado. El cristiano ha de trabajar en un mundo pecador, capaz de desviar de su verdadero destino a los productos de la naturaleza y del arte. El hombre es tentado de hacer de su propio esfuerzo un ídolo, de quererlo sólo para él, en lugar de considerar su destino natural, que es el de preparar el advenimiento de la verdadera vida espiritual. Y es, quizá, verdad, que el mundo occidental ha cedido a esta tentación. Añadiremos más, que puesto que llevamos en nosotros el apetito desordenado de querer a la acción humana por sí misma, deberá la gracia encauzar este apetito... Admitiremos, por fin, que el espíritu occidental, poco inclinado a despreciar el reino de la tierra, ganaría, sin duda, escuchando los avisos que ha despreciado, voces que le hablan de cierta relatividad de la cultura respecto al Bien que no se da, sino que únicamente se recibe. Todo esto, sin embargo, no quiere decir que la religión cristiana no postule y busque enriquecerse con un magnífico desarrollo humano" (18).

(15) Ibid.

(16) Ibid.

(17) Ibid.

(18) MALEVEZ, *Philosophie chrétienne du progrès*, *Nouv. Rev. Theol.* (1937) pág. 380-381.

En efecto, el cristiano tiene razones poderosas para buscar el progreso humano. En primer lugar la caridad con sus hermanos. El ideal del cristiano es hacer la vida lo más llevadera posible a los hombres, hacer desaparecer la pobreza y los dolores de la humanidad. Dice S. Agustín: "No debemos desear que existan necesidades para poder realizar obras de misericordia. Das tu pan al hambriento, pero sería mejor que nadie tuviera hambre y no dieras tu pan. Vistes al desnudo: ¿más no sería preferible que todos tuvieran sus vestidos y que no existiera semejante necesidad...? ¿Se apagará con ello el fuego del amor? Más verdadero es el amor que consagras a un dichoso a quien no puedes obligar: ese amor es más puro, más amplio. Pues si obligas a un necesitado, quizá desees elevarte ante él, y desees que esté debajo de ti el que te ha proporcionado la ocasión de obrar bien... Desea que sea tu igual y juntos someteos a Aquél que no puede quedar obligado a ninguno" (19).

Sembrar la felicidad es el ideal más bello del cristiano.

Pero el cristiano tiene una razón más profunda y más teológica, para procurar con todas sus fuerzas el mayor progreso material.

Todas las cosas han sido creadas por Dios para Dios: *Omnia in Ipsum creata sunt*, todas las cosas han sido creadas para El. El fin de toda creatura es la gloria de Dios. Ahora bien, esta gloria, en su modo más perfecto, sólo la pueden conseguir mediante el hombre, la creatura racional, que las sabe atribuir a Dios, y glorificarle libre y conscientemente en ellas. Pero el pecado y el egoísmo del hombre las han separado de este fin, para el que han sido creadas. Hay un desorden en ellas. "Porque la creación fué sometida a la vanidad, no de grado, sino por el que la sometió, con esperanza de que también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción, pasando a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que la creación entera lanza un gemido universal y anda toda ella como con dolores de parto hasta el momento presente" (20).

De esta manera la naturaleza espera una especie de nueva redención. El trabajo del hombre espiritualiza a la materia bruta, pone en ella un destello de su espíritu y de la gloria de Dios; ordena la naturaleza para que sirva al hombre y éste se sirva de ellas para llegar a Dios. De esta manera el progreso humano completa, al Cuerpo Místico de Cristo y completándolo lo glorifica (21).

Pero si ésta ha de ser la postura del cristiano, vemos cuán difícil es en la práctica. El progreso material, en este mundo corrompido por el pecado, tiende a degenerar en materialismo, en lo que el Papa llamaba "espíritu técnico". El confort en egoísmo, la sensualidad en sexualidad, la comodidad en apatía hacia el trabajo y en olvido de los demás. He ahí el peligro de los ricos y de las riquezas. Es difícil que un rico no sea egoísta. Ha de ser pobre de espíritu para entrar en el Reino de los cielos, y, aún, para ser verdadero factor de un progreso integralmente humano. Ahí se dirigen los anatemas del cristianismo. Pero advirtamos: tan difícil como ser pobre de espíritu es ser limpio de corazón. Y ambas cosas las

(19) PL. 35, c. 2038-2039.

(20) Rom. 8. 19-22.

(21) MALEVEZ, a.c.

exige el cristianismo. El cristianismo es religión heroica. No se puede servir a dos señores: a Cristo y a las riquezas. Pero se puede y se debe servir a Cristo con las riquezas. Son necesarios grandes millonarios y trabajadores con voto de pobreza. Porque el Reino de Dios es escatológico, pero se desarrolla en este mundo. No es de este mundo, pero vive en él.

Más aún, el verdadero progreso sólo puede ser obtenido por el cristiano. Porque sólo él es capaz de captar a la persona humana y a las realidades terrenas en su integridad. El materialista no llega a la persona, se queda en el individuo.

Sólo el cristiano, en virtud de su doctrina es capaz de descubrir esa tercera dimensión de la persona: su profundidad. Para el cristiano el hombre es más que materia: es alma, espíritu superior y señor de la materia, elevado aún más porque está empapado en la Sangre de Cristo, y entroncado directamente en la vida divina por medio de la gracia y de la filiación adoptiva de Dios, de manera que "nos llamemos y seamos en verdad hijos de Dios". Por eso el cristiano tendrá siempre un respeto reverencial ante la dignidad del hombre, que es templo de la Santísima Trinidad.

Pero no sólo eso. El cristiano además tiene la verdadera perspectiva de las cosas: las mira desde la cúspide de la eternidad. Las cosas así parecen en su verdadero valor: caducas, sí; no fin en sí mismas, pero medios preciosos, caminos reales para llegar a esa eternidad, que será feliz o desgraciada para nosotros, según hayamos usado de ellas. Las cosas son caducas, como lo es nuestra propia vida. Sin embargo, ningún cristiano sacará lógicamente la consecuencia de que nuestra vida no posee un verdadero valor. Su valor no es absoluto, es meramente funcional. Pero precioso. Y nuestra vida y las cosas terrenas tienen, en cierto sentido, un valor eterno y divino, en cuanto están ordenadas a edificar y completar el Cuerpo Místico de Cristo en la tierra.

He aquí, por qué sólo el verdadero cristiano puede realizar el completo progreso humano. El cristianismo no sólo no se opone al progreso, sino que es el único que tiene en sus manos la verdadera solución a sus problemas. ¡Qué bello panorama si todas las fuentes de riqueza y de progreso estuvieran en manos de verdaderos cristianos empapados de Evangelio! Sería una realidad el plan divino sobre el mundo. Porque, para implantarlo, hacen falta hombres que manipulen la naturaleza con los ojos en lo alto, y su reloj sincronizado con la hora infinita de la eternidad.